

Trilogía *El Lenguaje Secreto de la Música III*

**IGNASI JIMÉNEZ**  
**LA CONSPIRACIÓN**  
**DE LOS HOMBRES**  
**TRANSPARENTES**



Copyright © 2022 Ignasi Jiménez Antón

Todos los derechos reservados.

A los que habéis comprado la novela, a quienes la han compartido con vosotros, a los que la habéis leído por internet, a los que os ha gustado la serie, a los que no... Gracias de todo corazón a los que habéis dedicado, aunque sólo sea un minuto, el tiempo necesario para tener estas páginas entre vuestras manos.

A mi pareja y mis hijos, que también las leen y me animan y me aconsejan.

A mis hermanos y familia política, que no paran de pulirlas con detalle, con esmero, con mimo...

Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que el desagradecimiento.

*Miguel de Cervantes*

*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*

What's Going On (Rob Hardt Mix) – The Terri Green Project, Cornell C.C. Carter, Randy Hall, David A. Tobin, Marc Staggers, Michelle Lawson, Rob Hardt, The Weather Girls

Prefacio

- Observo, no sin cierta sorpresa, que la música le mantiene vivo. Al parecer, los que le conocieron nunca supieron que usted era un melómano.

- Los que me han conocido no sabían muchas cosas de mí. Déjeme que le diga que, como todo hombre y toda mujer, he ido evolucionando y adaptándome al entorno, sin perder de vista, en ningún momento, mi objetivo. Y, sí, le confirmo que la música ha sido una de mis pasiones, aunque al contrario que a muchas otras personas, no se me veía con unos auriculares puestos o con un altavoz a toda marcha.

- Cuando hablábamos de la persona amada, acudió a mí una pregunta: ¿se imaginó que en algún momento llegara la necesidad de matarla?

- Ummmh... En mi caso, ya sabe que soy más de impulsos. No se trataba de una idea premeditada. Pero ya sabe que al amor de tu vida no se le mata, sólo se le respeta. Y guardé respeto a todos los que pasaron, en algún momento, por mi vida.

- Me confunde que diga eso. ¿Sentía respeto por todas, absolutamente todas las personas que han tenido trato con usted alguna vez en sus vidas?

- No sé por qué me lo pregunta. Dicen que el respeto hay que ganárselo, como si la persona que a la que se le respeta no tuviera que hacer nada, y creo que no es así. A todos ellos los respetaba porque mi forma de ser es así: se ha de confiar en la gente hasta que no te demuestren lo contrario.

- Entiendo lo que me dice. ¿Qué cree que se va a encontrar cuando cruce el umbral?

- Eso es la pregunta del millón, amigo. Estoy bastante fastidiado como para que me preocupe lo que voy a encontrar, si es que encuentro algo. Incluso le diría que, en contra de lo que uno pudiera pensar, empiezo a tener cierta prisa.

- ¿Teme encontrarse con alguien en concreto?

- No me interprete mal, querido doctor, o lo que sea usted, pero me importa un pimiento quién esté allí y lo que piensen de mí. Aunque no sé si estará allí o no, sólo me preocupa encontrarme con una persona.

- La persona amada, supongo...

- Sí, así es. Siempre imaginé que cuando uno muere, desvela todos los secretos que sus familiares y amigos guardaban para sí, como si pudiera leer a través de sus almas.

- Qué hermosa contradicción: que uno tenga que morir para descubrir toda la verdad. Lo que de verdad será interesante es que, si en algún momento se encuentran, usted ya sabrá que lo sabe todo, lo que aún da más aliciente al asunto.

- Sí, doctor, desde mi punto de vista, ahora es eso lo que me tiene más preocupado. Imagino que en algún momento de la eternidad podrá perdonarme.

- Sinceramente, amigo, era más fácil haberlo hecho en vida. ¿Quién le dice que allí arriba, como usted ha mencionado, a lo mejor no hay nada?

- No lo sé, y la verdad es que estoy empezando a sentir prisa para comprobarlo.

- ¿Seguro que no quiere una canción más?

- ¿Cómo negarse? Entre mi música y la suya no hay mucha diferencia. Espero poder oírla bien, porque con lo que me queda de oreja...

- Tampoco sé si con la sangre que ha manchado el auricular derecho, este funcionará. Aun así, le dejo con un tema más.

Picket lines and picket signs  
Don't punish me with brutality  
Talk to me  
So you can see  
Oh, what's going on (What's going on)  
What's going on (What's going on)  
What's going on (What's going on)  
What's going on (What's going on)

## Prepare – Brooklyn Funk Essentials, Stephanie McKay, Crystal Waters

Sophie

No había tenido muchas oportunidades de acicalarse como aquella tarde. Júlia le había prometido que la recogía en treinta minutos y que se pusiera guapa para salir con los de la clase.

Treinta minutos, para ella, eran una eternidad. Su experiencia anterior con amistades se reducía a las relaciones que tuvo en el hospital de Atlanta, chicos o chicas de, más o menos, su edad, que, por una razón u otra, desaparecían un día y eran substituidos por una cara nueva. Por tanto, muchas oportunidades de arreglarse no las tuvo mientras estuvo ingresada.

No llegó a contar el tiempo, pero se decía que quizá hubiera estado allí un año, quizás dos. No tenía muchos recuerdos de antes de su llegada al Atlanta Memorial Hospital y, por tanto, sufría un desconcierto en todo lo tocante a fechas.

Mientras se ponía un poco de colorete -Júlia le había dicho que no abusara de nada, que la gente joven se maquillaba poco, a no ser que fueran a una boda-, intentó evocar la imagen de su padre y se descubrió a sí misma con que esa imagen era ya difusa. Mientras estuvo en Estados Unidos, su padre pasó por allí en un par de ocasiones, momentos muy sensibles para ella cuando él tuvo que volverse a Montblanc.

Para el personal sanitario fue muy duro tener que comunicarle a Sophie que su padre había muerto y se ahorraron los detalles de cómo acabó. Ella, sin embargo, pareció que la noticia no le afectara en absoluto. Lo que nadie sabía era lo que la noticia había hecho en ella el mismo efecto que una carga de profundidad, que estalla mucho después de ser lanzada al mar.

No se hizo preguntas sobre cómo iba a seguir allí, no quiso mirar al futuro ni depositar esperanzas en él; el dolor, cuanto más guardado, mejor.

Marlene fue su última amiga allí y se dijeron que seguirían siendo amigas. Lo que Sophie no sabía era que Marlene tenía los días contados. Un par de meses, a lo sumo. Eso fue lo que averiguó Júlia tras mucho insistir; el hospital no quería dar información sobre su paciente e intentó hacerles ver que ella tendría que velar por las reacciones de una adolescente inválida y amiga íntima de Marlene.

Sole y Sophie se pasaron una tarde liadas hasta que contactaron a través del Skype de la tablet con Marlene. Lo hicieron por la tarde para respetar el huso horario, ya que en Atlanta sería, entonces, por la mañana.

Como buenas adolescentes, se dijeron algunas barbaridades iniciales, siempre con el lenguaje de los signos, porque Marlene era sordomuda. Júlia había dedicado unas horas a dejarse enseñar por Sophie y entendía algunas cosas, sobre todo si, después de unos cuantos gestos, reían como locas.

Incluso llegó a entender un comentario que hizo Marlene en un momento que se pusieron más trascendentes:

- De aquí poco me iré.

- ¿A dónde?

- No sé a dónde, pero te esperaré allí donde esté para volver a ver tu brillante sonrisa.

A Júlia se le heló el corazón, se le escapó una lágrima y no le dijo nada a Sole, que la pobre ya era feliz de ver a las niñas hablando de sus cosas, cada una a un lado del mundo, aunque no entendiera nada de lo que decían.

El aterrizaje de Sophie en Barcelona fue traumático. Primero de todo, no quería salir de casa. Para ella, estar con la Sole y, sobre todo, con las visitas continuas de Júlia, la reconfortaban y tenía la misma sensación de que alguien la cuidaba, como cuando estaba en Atlanta.

Ellas dos estaban encantadas de tener a la adolescente en casa. El reto para Sole era la cocina y la higiene de la chica. Para Júlia, todo se centraba en convencerla en la rutina del esfuerzo y le prometió que caminaría, aunque fuera con muletas.

- ¿Aceptas el reto? -le había dicho.

Y debió pillarla en un buen momento, porque Sophie aceptó. Lo que no sabía es que Júlia, como monitora de recuperación, como *coach* o con cualquier otro papel que adoptase, era muy dura. Conciliadora, pero dura.

Eso hizo que su confianza en ella fuera creciendo día a día. No todas las adolescentes de su edad tenían una amiga adulta como aquella. Dulce en lo que le pedía, pero insistente.

Lo que pasó es que hubo momentos desmoralizadores, eso sí. Al principio, Júlia se centró en fortalecer musculatura, a través de unos ejercicios muy bien preparados y estructurados. Para ambas, fue como un juego. Algunos requerían esfuerzo físico y otros, en cambio, agilidad. A Sophie le faltaban ambos conceptos.

Pero lo que hizo mella en la joven fue el primer intento de aguantarse con unas muletas: en seguida comprendieron ambas que aún era pronto para esas probaturas. Sus piernas cedieron y cayó al suelo entre un mar de lágrimas.

- Nadie dijo que fuera a ser fácil -le animó Júlia-. Esta prueba nos indica si nos falta poco o nos falta mucho.

- Nos falta mucho -respondió Sophie entre sollozos e hipos.



Con Marc, en cambio, había otro tipo de relación. Con él era desafiante, cortante e, incluso a veces, hiriente. Lo trataba como cualquier chica haría con su padre en la fase más dura de la adolescencia. Sabía más que él, tenía siempre la última palabra y se ponía a llorar como una madalena al primer grito por parte del detective. No es que Marc no tuviera paciencia, que tenía mucha, es que Sophie sabía llegar al límite de los demás con bastante facilidad.

Al poco de llegar, la matricularon en el instituto donde Júlia daba clase, aunque fuera solo para medio curso, o menos. Era importante que la chica empezara con las rutinas habituales y que pillara lo que pudiera hasta los exámenes finales. Aunque la incluyeron en un curso propio de su edad, todos sabían que aquello era una aproximación y que, al curso siguiente, volvería a repetirlo. Nada de eso sucedió. Aprobó todo -ella exigió hacer los exámenes- e, incluso, el catalán, con un aprobado más justito.

¿Cómo era posible si el medio curso anterior se lo había perdido?

Marc lo decía para sus adentros: *es lista de cojones*.

Y como el curso había terminado, era el momento de salir. Sophie había hecho un grupito de amigos, de chicos y de chicas, bastante majo, según la opinión de Júlia, que era quien la recogía cada día para volver a casa juntas. Con el visto bueno de Júlia, que no de Marc, aquella iba a ser la primera experiencia de salida con amigos. El plan era bastante sencillo: iban a pasar la tarde en un centro comercial y quizá fueran a alguno de los cines. Júlia aprovecharía para hacer algunas compras y la esperaría para volver a casa.

En cuanto a los amigos, Júlia los conocía a todos porque eran alumnos suyos. En boca de la joven, eran un poco diferentes a como ella los conocía. Se trataba de tres chicos y tres chicas. Dos de los chicos parecían algo más gamberros, pero no eran una amenaza seria; solo que eran algo más lanzados. Las niñas sacaban todas buenas notas, al igual que el tercer chico, un tal Benito Reina, Benny para los amigos.

Sole le había proporcionado un iPhone -a base de regatearle al bueno de Fede, el de la tienda de los chunches informáticos- y Marc había accedido a ponerle Spotify. En ese momento estaba escuchando *Prepare*, de los Brooklyn Funk Essentials, mientras se pintaba las uñas, cada una de un color fantasía.

Hey little girl  
When love comes knocking at your door  
You take your time  
Take your time and be sure  
You better be well

No podía evitar mirarse al espejo y emitir una boba sonrisa que se le escapaba, aunque no quisiera sonreír, desde su silla de ruedas.

Sus uñas brillaban de un color especial y quiso imaginarse si sus amigas estuviesen haciendo algo parecido. Ella, al fin y al cabo, venía de un país de modernidad y de moda, no como España, donde las niñas eran un poco paletas...

Preparada<sup>1</sup>, se dijo con el lenguaje de los sordomudos...

```
(Prepare lay your love on the line)
Prepare
(Prepare lay your love on the line)
It's all right
(It's all right)
It's all right
(No fear)
(Prepare to lose what you've given baby)...
```

Christian era el que le gustaba, el que le había hecho más gracia. Un chico con una gran mata de pelo en el frontal, y rapado por detrás. Tras el pelo caído por su cara, unos ojos bonitos, inteligencia y una retirada a aventura. Se había ocupado de ella al principio y fue su protegida en un entorno donde los niños se meten con cualquier problema de los demás, tengas un defecto físico o seas minusválida. La llevaba por el colegio empujando la silla de ruedas y fue muy amable con ella.

Salcedo, le llamaban los profesores del instituto. Y lo llamaban a menudo, porque Christian Salcedo era de los que se metían en problemas. No eran peleas ni hurtos ni nada de eso. Christian se limitaba a las gamberradas y si alguien se lo tomaba a mal, ponía su cara más encantadora y deshacía el malentendido. Esa era una de sus habilidades: el don de la palabra.

En cambio, Román Mateos, algo más bajito que Christian y con el pelo cortado como si sus padres se hubieran peleado con él, aparte de gamberro, tenía mala idea. De hecho, pocas de sus ideas eran buenas. Parecía una mosquita muerta al que nunca enganchaban con las manos en la masa, pero iba por detrás moviendo los hilos de todo. Más bien le iría si aplicara su inteligencia a temas más útiles en la vida, como los estudios mismos.

*Benny*, como llamaban a Benito Reina, era harina de otro costal. Buen estudiante y buen chaval, el más bajo de los tres chicos. De una inteligencia supina, era mordaz y cínico hasta que te meabas de la risa,

---

<sup>1</sup> Nota del autor: el lenguaje de los signos cambia la representación de las palabras según el idioma. Nuestra Sophie aprendió dicho lenguaje con Marlene, en EEUU y, por tanto, lo hizo con el inglés de EEUU, que es diferente del de Reino Unido y, por supuesto, del castellano. *Preparada* en inglés de EEUU es montar los dedos índice sobre los dedos corazón de ambas manos y apuntar al frente y a la derecha de uno mismo, simultáneamente. Fuente: <https://www.spreadthesign.com/es.es/search/>

pero usaba su cociente intelectual en cosas fructíferas y en analizar los riesgos de cualquier *operación*. Por ejemplo, robarle la manzana al profesor de dibujo era una actividad interesante y lucrativa, pero él lo analizaba desde la perspectiva del análisis coste-beneficio. El beneficio de obtener una manzana podía no salir gratis, si los pillaban. Y el esfuerzo no compensaba. *Si fuera otra cosa, deberíamos volver a analizarlo*, les decía con frecuencia.

La verdad era que ir con un tío como Benny les iba muy bien: alguien que los alertara de los peligros y de las probabilidades de éxito de cualquier operación -entiéndase, gamberrada-, era bien recibido en el grupito.

En cambio, a las chicas les encantaba la personalidad de Benny. No estaba tan claro que los únicos graciosos fueran Román y Christian. Sabían reírle las gracias a Benny cuando se ponía a sacar punta de cualquier tema.

Las niñas eran leales y habían incluido a la minusválida tratándola como una más. De acuerdo que, en ocasiones, debían ayudar a Sophie a subir algún desnivel, y la devolvían a clase cuando el momento de patio terminaba.

Andrea Puy era la mejor estudiante de todo el instituto. No era frecuente verla salir durante el curso, aunque se mantenía en contacto con el resto a través del móvil. En aquel momento era verano y, aunque también estudiaba habiendo aprobado todo con excelentes notas, la dejaban salir de tanto en cuando.

Jessica García también sacaba buenas notas, aunque su esfuerzo era menor. Era rubia, al contrario que Andrea, y también era la que vestía de una forma más extremada que el resto. Sus shorts eran más que cortos.

Sònia Vidal era el complemento perfecto de Benny. Cuando los dos se ponían a discutir, su dialéctica hacía que el resto se petara de la risa. Ágil mentalmente, y con salidas dignas del mejor monologuista, era capaz de imitar a cualquier personaje popular. También era bajita, pero era una cría fiel, alegre y muy buena estudiante también.

Sophie les caía bien a todos ellos, aunque alguna vez tuvieran que soportar su mal genio.

Mientras se pintaba una uña de color violeta, sonreía recordando cómo le había insistido Christian para que fuera con ellos al centro comercial. Sí, era muy probable que ella también le gustara a él.

Así que, ¿por qué no? A Marc no le hizo ninguna gracia y Sole y Júlia lo convencieron. *Deja de preocuparte, ha tenido una infancia difícil, ¿has visto sus notas?* o, también, *deja de preocuparte como un padre*.

Además, Júlia iba a estar por allí cerca por si surgía cualquier eventualidad. En realidad, lo único que temía era que los críos

decidieran irse a otro lugar y que Sophie se quedara colgada. Estando de compras por allí podría rescatarla fácil y rápidamente.

La siguiente uña era de un verde esmeralda. Sophie movía los hombros al ritmo de la canción.

Realmente, ¿podía fijarse un chico como aquel en una adolescente que necesitaba ir en silla de ruedas? Era difícil de responder imaginarse que la invitara a un helado y, por tanto, no tenía sentido en fantasear sobre si él iba a ocuparse de ella durante toda la vida, si la iba a izar a pulso para meterla en la cama o en la bañera. No, los adolescentes no están para describirse el futuro de sí mismos más allá de lo que van a hacer al día siguiente, si cabe.

No tenía que gastar todo el tiempo arreglándose, por lo que decidió revisar su monedero para comprobar que sólo tenía tres euros y medio. Mierda, con eso no tenía ni para pipas. Si decidían jugar a las máquinas recreativas, ir al cine o tomarse un helado, iba a estar más pelada que las ratas. Se trataba de disuadir al resto de no gastar demasiado.

Júlia, radiante, la pasó a buscar a la hora convenida. Condujo la silla de ruedas hasta el ascensor y, con una habilidad aprendida a base de las constantes idas y venidas, la metió dentro con ella montada.

Sí, esa Júlia era buena tía y se estaba preocupando por ella.

Durante el descenso, se la miraba.

- ¿Sabes una cosa? Creo que tienes buen gusto arreglándote -le retiró un mechón de su moreno cabello y se lo recogió tras la oreja-. ¿Quién te enseñó? ¿Marlene?

Sophie asintió.

- Ella y otras que estuvieron antes.

Era mejor no ir en coche al centro comercial, por el problema de los aparcamientos, por lo que tocaba pelearse con el transporte público. Por suerte, el metro de Barcelona disponía de todas las infraestructuras para discapacitados en, prácticamente, todas las estaciones.

Al salir a la calle de nuevo, Júlia le dio veinte euros y le pidió que se los guardara en el monedero.

¡Qué respiro! No tendría que poner excusas para no hacer esto o aquello. A Sophie se le iluminó la cara.

Como cada viernes, el centro comercial estaba abarrotado de adolescentes, de familias enteras haciendo la compra, de ancianos a los que les gustaba el bullicio... Un perfecto caos que, gracias a lo móviles, se impedía que se tragara a la gente. Es decir, con un simple *ya he llegado*, en pocos minutos se acababan encontrando todos.

Sophie era la última en llegar, normal con toda la parafernalia de la silla de ruedas y el venir en metro.

Todos se alegraron de verla y, furtivamente, Christian y Román intercambiaron un breve comentario al oído.

- Aquí os la dejo, chicos. Tratádmela bien -les pidió Júlia con una sonrisa encantadora.

- Descuida, Júlia -respondió Sònia, que la conocía, como el resto, porque era profesora del instituto.

Sophie sonrió y se despidió con la mano.

Júlia le indicó, con un gesto, que la llamara si tenía algún problema o si necesitaba ir al WC.

- Estaré por ahí comprando.

Al alejarse, Benny hizo un comentario:

- Es la profe más guay que tenemos.

- Oye -le respondió Jessica-, si no fuera porque sé que eres tonto, diría que estás enamorado de ella.

- Venga ya -intervino Román-, todos sabemos que está coladita por mí.

Todos le rieron la gracia.

- Vaya, pues eso no es lo que me dijo tu madre -añadió Christian.

- ¿Mi madre? ¿Qué coño te dijo mi madre?

- ¿Antes o después?

- ¿Antes o después? ¿De qué?

- De follármela -respondió Christian al cual todos le rieron la broma a carcajada limpia-. A mi hijo no le gustan la chicas -se burló imitando a una mujer cursi.

- Mi madre no habla así.

- Vamos, chicos -interrumpió Sònia-, ¿vais a hacer una demostración de testosterona?

- ¿Testo... qué? -quiso saber Román.

- Oye, nene, que lo hemos estudiado este curso -dijo Jessica-. ¿Cómo es que has aprobado? ¿También tú te has tirado a la señora Castillo?

La señora Castillo era la secretaria del instituto y, aparte de ser una mujer muy entrada en años, también lo estaba en carnes. Solía llevar vestidos estampados de mediados del siglo XX y un bolso también del mismo estilo. Era la persona que firmaba las actas de las notas. Y se corría la voz de que aquellos alumnos no tan aventajados, podían aprobar si se sometían a sus deseos carnales, cosa que, por otro lado, era totalmente falso. Pero ya se sabe que los rumores, en un colegio, tienden a magnificarse y llegar a ser algo más que la *pura verdad*.

El bueno de Benny se metió en el Ferrari y diversas pantallas se iluminaron a su alrededor. El Ferrari en sí era un sillón donde el chico debía ir casi estirado, unos pedales a los cuales le costaba llegar, un volante que más que de Fórmula 1 era el de una nave espacial y las pantallas envolventes que emitían imágenes sincronizadas de los diferentes puntos de vista del piloto virtual. Echó unas monedas para

iniciar una carrera, según decía un panel luminoso, en el circuito de Silverstone.

Todos se pusieron alrededor para ver si Benny tenía tanta destreza al volante como con la lengua. Sophie tuvo que rodear la atracción sorteando varias máquinas recreativas no sin dificultad; el salón de los videojuegos ya no estaba tan pensado para gente que debía desplazarse en silla de ruedas. Ver a Benny botar al mismo tiempo que el asiento, en armonía total con lo que salía en las imágenes, que indicaban que el vehículo de Benny se movía por la parrilla para meterse en segunda línea le hizo pensar varias cosas: una, que le conmovía ver a aquel buen chaval temblando al ritmo de la atracción como si fuera a ser engullido por la misma y, otra muy diferente, que ella no se vería nunca disfrutando de una situación similar. A pesar de los compromisos alcanzados con Júlia.

Christian se le acercó al oído y le susurró:

- Estás muy guapa hoy.

Sophie sonrió radiante. El chico que le gustaba se había fijado en ella.

La luz verde daba salida a la carrera en el circuito de Silverstone. El asiento del piloto dio una sacudida y Benny con él.

- Vamos Benny -le animó Sònia-. Dales una patada en el culo.

En las pantallas del videojuego, con el morro del Ferrari de Benny como referencia, se vio cómo el acelerón de Benny lo puso en la tercera posición antes de la fatídica primera curva, que suele dejarse, habitualmente, unos cuantos pilotos en la cuneta. Hábilmente, Benny se cerró por el interior de la curva a la derecha y adelante a los dos monoplazas que tenía delante.

- Lo tienes chupado -le dijo Román, con los ojos abiertos como platos.

El resto de las niñas también lo jaleaban. Los retrovisores del monoplaza mostraban que dos vehículos iban pegados a su cola, y como si fuera un piloto real, Benny ladeaba la cabeza a cada curva para contrarrestar la fuerza centrífuga.

Desde atrás, Sophie podía ver como unos mecanismos con muelles ladeaban el asiento del piloto según la posición de la pista y la velocidad. Pero lo que en realidad le interesaba eran los cuchicheos entre Christian y Román, aunque este último estuviera más atento a los movimientos de Benny que a las palabras de su amigo. Aun así, Román asintió y le mostró los cinco dedos.

Pasados unos instantes, Christian aprovechó que todos sus amigos estaban atentos a las evoluciones de Benny para acercarse a Sophie ubicada en la parte trasera del monoplaza virtual.

- Me preguntaba si eras tan guapa por fuera como por dentro...

- ¿Qué... qué quieres decir?

Román, desde la distancia, se volvió hacia ellos.

Christian le puso una mano en un pecho y la mantuvo ahí durante unos segundos. Sophie se puso roja y lo miró con sorpresa. Finalmente emitió una sonrisa tímida, de vergüenza, sin saber qué debía hacer o decir. No se atrevía a quitarle la mano de ahí al muchacho, por muy incómoda que se encontrase.

El muchacho le sacó la mano de encima y se volvió sobre sus pasos, yendo junto a Román, que ponía muy mala cara. Sophie los seguía con la mirada, a cierta distancia desde el otro lado del monoplaza, sin entender qué había pasado.

Christian asentía con la cabeza y Román, a su vez, negaba. Finalmente, este le dio un billete de cinco euros que el primero metió en el bolsillo de sus bermudas de una manera fugaz.

Su cara lo decía todo: había ganado.

Sí, pero ¿qué había ganado?

Una apuesta, no seas idiota, Sophie.

Cinco euros por tocarte un pecho.

A Sophie se le heló la sonrisa estúpida, pero la rojez en las mejillas no solo no desapareció, sino que aumentó. Empezó a hiperventilar.

Ver las sonrisillas de esos dos estúpidos le produjo asco, justo en el momento en el que el bueno de Benny bajaba del monoplaza al haberse estampado contra un McLaren.

Mientras se reían del muchacho por el tortazo que se había pegado y porque le habían eliminado por conducción temeraria, Sophie empezó a mover la silla de ruedas hacia atrás, en silencio, sin hacerse notar. Quería salir de allí a toda prisa, sin saber a dónde ir, sin pensar que Júlia debía estar aun realizando sus compras, sin contar con que, con una simple llamada de móvil, ella acudiría enseguida.

Quería irse a casa, sin ver a nadie, meterse en la cama y taparse la cara con la almohada, y llorar, llorar hasta que no le quedara ni un suspiro que exhalar.

Sin saber hacia dónde iba, no se dio cuenta de que estaba dando vueltas sobre la misma manzana de tiendas, mientras Júlia salía de una boutique de ropa interior, cargada con dos bolsas de papel. Ella sí que vio a la niña deambular sin un rumbo fijo. Y se le acercó comprobando, de inmediato, sus lágrimas correr mejillas abajo.

Era tal el disgusto que casi no podía hablar, por mucho que Júlia le insistía en que le explicara lo que había pasado. Cuando se calmó un poco y le explicó lo sucedido, fue a Júlia a la que se le encendieron las mejillas. Echó una rápida mirada por encima del hombro para ver si veía a los compañeros de la niña, pero no los vio. Hubiera sido bueno saber si se preocupaban por Sophie y si la estaban buscando.

- ¿Vamos a casa entonces y nos preparamos unas hierbas?

Sophie asintió entre hipos de disgusto y aguantándose unas cuantas cataratas de lágrimas más.

Lo aclararon todo en casa. Júlia fue hábil para extraer el nombre del chico que se había sobrepasado en el centro comercial. No pudo evitar recordar sus notas: todo cincos, como si fuera un equilibrista que va tonteando con caer en el vacío mientras camina por una cuerda. Christian, un muchacho simpático y con muchos amigos. El que siempre iba con su inseparable... ¿cómo se llamaba? ¿Ramón? No, no le sonaba. Le había costado horrores acordarse del nombre de aquel chiquillo durante todo el curso; sólo le acudía el apellido: Mateos.

En cualquier caso, daba igual. El tal Mateos -según interpretaba Júlia- era el instigador, el que había promovido la apuesta. Y el guapito de Christian, el ejecutor. Bien, aún tenía una oportunidad de hablar con ellos: el día de la entrega de las notas, el día en que se separaban para cruzar el verano, el día de la despedida... Sí, allí se iban a enterar.

Artur estaba en su despacho, en la decimoquinta planta de un lujoso y céntrico rascacielos en Seattle, rodeado totalmente de cristaleras que mostraban el skyline de la ciudad. Era una mañana soleada y calurosa y no esperaba la llamada de Carlos Cid, que le llamaba desde Barcelona.

- ¿Cómo está el niño de mis ojos? -preguntó Artur sonriente tras varios días sin noticias de su amigo.

- La verdad, estoy un poco preocupado. Cada vez tengo menos clientes y eso afecta a mi cuenta de resultados. Estoy viviendo de la gestión de clientes para empresas, como vosotros, y eso me va dejando un remanente. Es como si me estuvieran arrinconando poco a poco, viendo como otros compañeros se van llevando trabajo que antes me asignaban a mí.

- No sé qué puedo hacer por ti. Mi empresa dudo que quiera darte más trabajo; ya tuve muchas dificultades para convencerles de que tu bufete nos representara, porque querían una agencia local. Y no me extrañaría que siguieran buscando otro bufete aquí en la ciudad. Creo



que será muy difícil seguir con vosotros. Espero que entiendas que no es mi decisión y que me sigas considerando tu amigo. Mientras tanto yo seguiré pasándote contratos y no voy a preguntar nada por aquí, porque, ya sabes, el que pregunta se queda de guardia.

Se hizo el silencio durante unos instantes en la comunicación. El pobre Carlos Cid debía tener un nudo en la garganta pues, no en vano, desde su vuelta de Seattle las cosas iban yendo a peor.

- Entiendo, Artur... Y te agradezco infinitamente que sigas contando conmigo. Más vale seguir trabajando y que sigamos haciendo cosas sin preguntar si las podemos hacer.

- ¿Qué sabes de Sandra?

- Ya no la tengo asignada. Me han dejado sin asistente y, mientras, varios abogados la comparten porque la firma está mirando con lupa cómo minimizar cualquier gasto.

- Entonces, ¿por qué no te despiden? Seguro que eso sería, como decisión de empresa, una manera de bajar los costes.

- Porque me han puesto en penal, ¿entiendes, Artur? ¡En penal! Todo el mundo sabe que yo soy mercantil, de toda la vida. Ahora me veo defendiendo a garrulos que, la mayoría de ellos, son culpables y debo considerar una victoria cada vez que obtengo una reducción de condena, sea unos meses de prisión o una indemnización. Considerando que, las otras veces, pierdo los juicios, mi vida profesional se está yendo por el retrete. Esto es lo que me pasa a mí, a un mercantil.

Artur se mesó el cogote, un gesto muy usual en su hermano Marc, cuando no sabía qué decir.

- ¿Te has planteado cambiar de bufete?

- ¿Estás loco? Si me echaran me harían un favor, después de veinte años aquí; la indemnización sería suculenta. Si me voy yo, toda esa antigüedad la pierdo y, ¿sabes?, no tengo ganas de perder ese seguro de vida que aún me queda. Nadie me asegura que, en un nuevo bufete, las cosas vayan mal y me echen. Los veinte años, se van a la mierda, ¿entiendes?

- Claro, claro. Es un riesgo, pero, aun así, que te echen del bufete es una probabilidad remota. Eres bueno con lo que haces, nunca nos has fallado. ¿Por qué no hablas con mi hermano?

- ¿Con Marc? Él no es un abogado...

- No, no lo es, pero trabaja con varios bufetes que le contratan trabajos de investigación. Quizá él pueda recomendarte en algún bufete de confianza.

Al otro lado de la línea se escuchó un suspiro. Carlos Cid estaba sopesando si dar ese salto sin saber si había una red que lo sostuviera de una caída.

- Hablaré con él, a ver qué me explica. En cualquier caso, te agradezco tu preocupación. Eres un buen amigo.

Al colgar, Cid se quedó observando el alto techo abovedado y cosido por un rosetón, en el bufete en el que trabajaba, en la calle Muntaner junto a la plaza Molina, en el barrio de Sant Gervasi, diciéndose que llevaba mucho tiempo yendo a trabajar a aquel antiguo edificio y, sí, sabía que había otros bufetes en la ciudad con cristaleras que daban a unas magníficas vistas al mar, como en el Port Olímpic. Su despacho en Muntaner no tenía ninguna ventana; sólo tenían ventanas los despachos de los socios del bufete, que eran cuatro: Ávila, Bernal, Soler y Temple. Ellos daban el nombre al bufete.

Le daba miedo el cambio -si es que se decidía y si, por supuesto, alguien veía algo interesante en su candidatura-, pero se hacía preguntas y más preguntas, viéndose a sí mismo en entornos diferentes y comenzando una nueva vida. Sí, sabía que, a su edad, muchos hombres aspiraban a cambiar de vida gracias a un cúmulo de sinsabores que iban en aumento y que pesaban como una losa.

¿Cómo no lo había pensado antes? Los años se le echaban encima y si tenía que tomar una decisión, era mejor hacerlo cuanto antes; a medida que pasara el tiempo, sería más difícil optar a nuevos bufetes. Acababa de sobrepasar los cuarenta y, si se atrevía a tomar la decisión, debería ser de manera inmediata.

Hizo los cálculos y, si le despidieran sin llegar a un acuerdo, podría obtener algo más de sesenta y ocho mil euros en indemnización. Se trataba de un supuesto con el que comenzar, porque nadie despedía pagando esa cantidad contante y sonante: lo más habitual era que tras un *tenemos que hablar*, se intentara llegar a un acuerdo. Y, sí, Cid lo sabía: si se llegaba a un acuerdo, era para no cobrar la indemnización en su totalidad.

Quizá, sí. Como decía su amigo, llamar a Marc podría ser una buena idea e, igual, le podía dar algún buen consejo.

Y, ¿por qué no? Quizá tuviera la oportunidad de reencontrarse con aquella preciosa Júlia que no sabía qué relación tenía con él, pero no le pareció que, durante su estancia en Seattle, tuvieran ningún esgarce amoroso.

Carlos Cid no es que fuera un excelente galán, y después de sus flirteos con Sandra mientras estuvieron en Seattle, no se había vuelto a comer una rosca.

Y no era cuestión de irse de putas porque, en definitiva, él era creyente y practicante y, aparte de asistir a misa casi cada domingo, ir a un prostíbulo era pecado y, además, en su opinión, asqueroso.

Marc le atendió muy amablemente y le dijo que sí, que fuera a verle y que tomarían un café y le podría explicar cosas del mercado de la

abogacía, aunque él mismo tenía relación, sobre todo, con abogados penales, no con laboristas ni mercantiles.

Era un comienzo y, si quería cambiar de vida, tenía que moverse. Hablar con Marc, sería un inicio.

El bullicio en clase era ensordecedor, después de varios días de haber acabado los exámenes y de saber las notas por adelantado -hoy en día, los alumnos hablan con sus profesores por WhatsApp y saben los resultados de las pruebas antes de que se publiquen-, y sabiendo que era el último día que se veían antes de iniciar las vacaciones de verano -una separación inevitable y que, para muchos de ellos, era como si fuera definitiva, aunque dos meses y medio después se volvieran a ver en el siguiente curso-, estaban exultantes, cada uno de ellos hablaba en un tono más alto que los demás.

Jessica Garcia y Andrea Puy estaban junto a Christian Salcedo y Román Mateos y la casualidad había hecho que Sophie estuviera junto a Benito Reina, Benny, y Sònia Vidal, en la otra punta de la clase.

Estaban esperando al tutor de la clase, Ignasi Damià, pero en su lugar apareció la bellísima Júlia, radiante, igual de contenta que sus alumnos, y con el mazacote de papeletas con las notas del último trimestre y también las finales.

Lo primero que hizo, cuando la clase bajo el volumen de sus histéricos gritos fue disculpar al tutor porque había tenido que tapar un agujero en otra clase, y le había pedido a ella entregar las notas a ellos en su lugar.

- Ya sé que algunos de vosotros os habéis dejado algo de trabajo para este verano a propósito, porque no queráis aburriros. Es una buena decisión porque el verano es muyyyyy largo -dijo a modo de introducción-. Debo recordaros que el instituto ofrece clases de refuerzo durante todo julio, o sea que, aquellos que echéis en falta esta escuela, podéis apuntaros, ya sabéis que es todo super baratito...

Se hizo un murmullo donde unos apuntaban a otros suponiendo quién era candidato a las clases de refuerzo; algunos contestaban con un gesto con las manos: *¿yo?, no guapa, ni de coña...*

Júlia fue haciendo pasar por su mesa y por orden alfabético a cada uno de los alumnos, a los cuales les hacía un comentario en voz baja y, dependiendo de si fueran chicos o chicas, la respuesta era diferente: ellos asentían y se encogían de hombros y ellas sonreían y saludaban con la mano despidiéndose al salir de la clase.

- Sophie Oyarzábal -llamó.

La niña se desplazó por sí sola hasta su mesa. Era una gran alegría para ella que Júlia fuera quien le diera las notas.

- Has decidido no trabajar este verano, cariño, y, además, con buenísimas notas. Nadie pensaba que haber aterrizado aquí a medio curso te fuera a resultar fácil, y has sorprendido a mucha gente...

- Gracias -sonrió tímidamente la muchacha.

- Pero... -añadió apuntándole con un dedo como si la estuviera acusando de algo-. Pero tú y yo vamos a trabajar de lo lindo con lo otro. ¿Lo tienes claro, señorita?

Su voz era de amenaza, pero su sonrisa delataba que se ofrecía a ayudarla con los ejercicios de recuperación.

- Claro -respondió en voz baja Sophie mientras tomaba las notas y echaba un vistazo rápido al comentario de su tutor Ignasi Damià:

*Impresionante, Sophie. Sigue así y conseguirás todo lo que te propongas. Te queremos.*

*Ignasi Damià.*

Ella sonrió, olvidando los sinsabores del desencuentro con sus amigos, el día del Ferrari y salió de la clase para reencontrarse con los que ya habían salido antes.

Quedaban pocos y el talante de Júlia cambió.

Estaba cabreada.

Sí, lo estaba porque sus amigos no habían salido a buscarla cuando Sophie les abandonó, porque el imbécil de Christian se había hecho el gracioso. ¿Eso eran amigos? Sería lo que fueran, pero no podía culparlos a todos porque no sabía si la habían estado buscando o no.

Lo que era cierto era que había estado, momentos antes, junto a Benny y Sònia, y Sophie se la veía alegre con ellos dos, al menos.

- Andrea Puy -que iba después de Oyarzábal-.

La pizpireta Andrea se acercó a Júlia meciendo su ondulada cabellera como si estuviera representando un anuncio de champú extra suave.

- Feliz verano -añadió Júlia sin más, sin mostrarse tan sonriente como con el resto de los alumnos.

- ¿Por qué no me ha llamado a mí? -preguntó Román a Christian en un susurro.

- Porque Román irá detrás de Puy, ¿no? La R después de la P.

- ¿Serás imbécil? Va por apellidos, y yo soy Mateos. Voy antes que Oyarzábal.

Christian tragó saliva. Él era S, de Salcedo.

- Benny...

Benito fue junto a Júlia y con él sí que se mostró amable y sonriente. El chaval era simpático y la profesora también rio sus gracias.

- Benito Reina -dijo Christian-. Pues ahora voy yo.

- Sònia Vidal -llamó Júlia a la que, por lista, era la última.  
Más sonrisas y palmaditas en el hombro.  
Sólo quedaban Christian y Román. Los llamó a los dos a la vez.  
Y no les dio las notas. Extrajo un papel y lo dejó encima de la mesa para que lo leyeran:

*Por el presente documento certifico que*  
**Júlia Indret**  
*Ha obtenido el grado DAN 8 Negro por la ITF...*  
*Firmado...*

- ¿ITF? ¿Qué es eso? -preguntó Román con talante desenfadado, como si le importara una mierda lo que les estuviera mostrando.

- *International Taekwon-Do Federation*. Si habéis aprobado inglés, seguro que sabéis qué es.

- Bueno, va, tía. Las notas, ¿qué? ¿Nos las das? -apremió Christian.

- Si miráis bien el certificado, veréis que no quedan muchos niveles por encima de mí. Queda el cinturón negro DAN 9, y el DAN 10 que es la perfección, y no se lo dan a casi nadie, solo a algún luchador especial, porque dicen que la perfección no existe.

Los chicos se miraron entre ellos y volvieron al papelito que había encima de la mesa. No entendían demasiado bien por qué Júlia se había saltado el orden alfabético con ellos y, además, por qué se chuleaba con el titulito ese.

- Los chicos que me silban cuando voy por la calle, o los que quieran acosarme, si supieran de este certificado, no se atreverían. Ni tan siquiera me pondrían una mano en el pecho por una estúpida apuesta. No sé si me entendéis.